

PABLO JAVIER
PÉREZ LÓPEZ

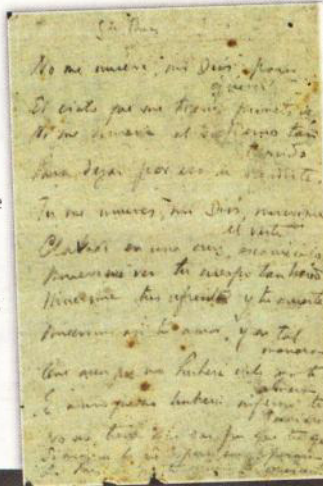
Sta. Theresa de Jesus

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, mi Dios, muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido,
muéveme ver tu cuerpo tan herido,
muéveme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.



No hay duda. Todos los poetas son religiosos. Si aceptamos la religión en un sentido amplio como 'religarse', como 'atar cabos', como tejer un sentido en el laberinto, todo poeta es, esencialmente, un hombre religioso, es decir, un hombre que teje un sentido porque como escribió el poeta portugués Antónimo Ramos Rosa, «el sentido es siempre el amante deseado / que el poeta busca en los oscuros remolinos». O para decirlo con otro poeta portugués del que se cumple este año el centenario de su salvífico suicidio, Mário de Sá-Carneiro: «Sin Misterio no hay Dios ni hay Poesía». Misterio, Sentido y Amante, tres palabras que se antojan íntimamente familiares.

Pienso todo esto ahora que encuentro en el archivo de Fernando Pessoa, un soneto, el conocido como 'Soneto a Cristo crucificado', de autor anónimo, cuyo primer verso es bien conocido «No me mueve mi Dios para quererte...», poema que es considerado uno de los más bellos ejemplos de la poesía mística española. Se trata de un soneto que, si bien tiene autor incierto, suele atribuirse al místico Juan de Ávila aunque durante algún tiempo se atribuyó a otros autores, entre ellos la mística castellana Santa Teresa de Jesús. Curiosamente, el soneto, que Pessoa transcribe a lápiz, en castellano, está encabezado en este documento por ese nombre: «Sta Theresa de Jesus». No es esta la única alusión a Teresa presente en la obra de Pessoa y su diálogo es mucho más natural de lo que pueda pensarse pues, en buena medida, toda la obra de Pessoa se empeña en la construcción de un misticismo pagano que, aunque se levanta en oposición al misticismo cristiano no deja de compartir con éste elementos esenciales.

En un documento preparatorio del artículo 'António Botto y el Ideal estético en Portugal' donde Pessoa se refiere a la exaltación de la belleza del cuerpo masculino en la obra del poeta portugués afirma: «eso deriva de su normal condición humana y sólo difiere, en esencia, de la sensualidad natural en que Santa Teresa se entregó en éxtasis a su amante glorioso que, además no disminuyó en nada su santidad». Y es que es eso lo que le interesa a Pessoa, una humanidad divina. Fue Pessoa, en alguna medida, un poeta de la idealización del amor y de la amante. Cómo olvidar esa comprensión dulcesca de su amor ideal, Ophelia, sus propios poemas homoeróticos en inglés o



'Busto de Santa Teresa escritora' (Siglo XVII). Policromía de la Escuela Castellana.

El cuerpo de los místicos: Santa Teresa y Pessoa

aquel poema en que dice literalmente: «El amor es esencial / El sexo es sólo accidente». Un místico que admita la belleza del cuerpo y el mundo sin dejar de aceptar la Belleza esencial que nos trasciende. Ese parece ser el poeta que Pessoa ensaya y que en alguna medida se refleja en las místicas y las santas más mundanas que comparten con Pessoa la constatación de que «la vida no basta» o eso que el Barón de Teive, semiheterónimo suicida, dice más claramente: «comprendí a los grandes místicos y a los grandes ascetas, que reconocen en el alma la futilidad de la vida». Y la Nada, la vacuidad, es precisamente el tema favorito de los místicos y es uno de los lugares más frecuentados por nuestro poeta. Y es que el lugar del místico, tal como escribió Cioran, también pensando en Teresa, «oscila entre la pasión del éxtasis y el horror del vacío». Y es ese precisamente el lugar que ocupa buena parte de la poesía y sobre todo de la prosa de Pessoa.

El éxtasis, la comprensión extática de la vida es algo que une a nuestros autores. El famoso «vivo sin vivir en mí» de Teresa no puede dejar de pensarse como un verso pessoano pues Pessoa comprende toda la literatura como una negación de la identidad y un arrojamiento a lo otro y los otros, como un salir, como una huida de la vulgaridad del cuerpo, de la identidad y del mundo, como una abdicación que afirma un sentido, un misterio o un amante. La añoranza de lo oculto y lo misterioso que se encierra en buena parte de sus textos ocultistas parece ser un contrapunto esencial al paganismo de la tierra de buena parte de sus heterónimos.

Hay un poema del heterónimo Álvaro de Campos completamente dedicado a Santa Teresa donde se pone de manifiesto, bajo esa hostilidad whitmaniana de Campos, una íntima enemistad que sin embargo los hermana. Campos se rebela contra una santa «estética» y reclama «una santa humana, loca y divina» y saluda a la «madrecita loca, sistema sentimental». Escribe: «¡Mi Santa Teresa humana! / ¡Estúpida como todas las santas / y militante como el alma que quiere vencer el mundo! / ¡En el vino que odiaste debes ser saludada! / ¡Y con brindis gritados te canonizaremos llorando!». Campos reclama eso que Unamuno decía sobre el Cristo portugués (y que tiene aquí mucho sentido si partimos del soneto místico sobre el Cristo crucificado). Escribe Unamuno: «el Cristo portugués juega por los campos con los campesinos y merienda con ellos, y sólo a ciertas horas, cuando tiene que cumplir con los deberes de su cargo, se cuelga de la cruz». Es esa la misma humanidad, la mundanidad, el paganismo de lo divino, el «re-

greso de los dioses» que Pessoa esboza en los poemas del Maestro de los heterónimos y de él mismo, Alberto Caeiro. Basta leer su octavo poema de 'El Guardador de Rebaños' donde habla del «Niño Jesús verdadero», «tan humano que es divino» y que «se limpia la nariz con el brazo derecho / chapotea en los charcos de agua / coge flores», «tira piedras a los burros / roba la fruta de los manzanos» y «corre detrás de las muchachas / que van en grupos por las carreteras / con las garrafas en la cabeza / y les levanta las faldas». Caeiro reclama ser «místico sólo con el cuerpo», reclama «un alma hecha con el cuerpo». Pessoa ensaya un misticismo materialista, pagano, frente a la estrella del poeta portugués Teixeira de Pascoaes y también ensaya un misticismo de la ebriedad, de la ebriedad estética y real como el de Omar Khayyan, un misticismo pagano, pero también un misticismo de la negación del mundo, tal como el que está en el autor del Libro del Desasosiego, Bernardo Soares, que dice: «Alcanzar en el estado místico, apenas lo que ese estado tiene de grato, sin lo que tiene de exigente, ser lo extático de ningún dios, el místico sin iniciación, pasar el curso de los días meditando en un paraíso en el que no se cree todo eso le sabría bien al alma, si conociese lo que es desconocer...». Hay algunos versos de Santa Teresa como «engrandecéis nuestra nada» o «nuestro querer renunciados» que no son extraños en boca de Soares.

En Pessoa se encarna el combate eterno entre la necesidad del Ideal, del Absoluto y de la realidad pagana y concreta del mundo y de lo humano. Entre el cristianismo gnóstico y rosacruciano del Pessoa ortónimo o el misticismo materialista del maestro Caeiro. Por eso es natural que se le haya descrito como un «místico sin fe» o como un «ángel caído». Es ese su lugar, y quizá es también el lugar del poeta, el espacio situado entre la tierra y el cielo, un eterno discípulo de Fausto, una duda eterna sobre la aceptación del mundo. Un viajero estático y extático que, como un insecto cegado se refugia entre el cuerpo y el espíritu, entre la aceptación estoica y la rebelión por la falta de sentido y no se decide a volar. Un místico que quiso y no pudo crear.

En Pessoa se encarna el combate eterno entre la necesidad del Ideal, del Absoluto, y de la realidad pagana